

El amante de la naturaleza

Juan Arjona

El primer amante de la naturaleza tuvo un sueño: vivir en una casita rodeada de montañas y plantar un árbol.

Un día feliz cumplió su sueño. Construyó una casa modesta en un valle pequeño rodeado de montañas y en una colina cerca de la casa plantó un árbol.

A partir de ese día, el amante de la naturaleza, cada atardecer, salía de su casa, respiraba profundamente, subía la colina, llegaba hasta su árbol plantado, le quitaba las malas hierbas de alrededor, lo regaba y al terminar, se giraba dándole la espalda al árbol, para contemplar el paisaje bajo sus pies: su casa en el valle, por este lado de aquí árboles, por allí flores, al fondo las montañas, y en lo alto el sol ocultándose entre ellas. Justo antes de que el sol se escondiera del todo, regresaba a su casa.

El amante de la naturaleza todas las tardes hacía lo mismo: salía de su casa, respiraba profundamente, subía su colina, miraba cómo iba creciendo su árbol, lo regaba, cuidaba de las malas hierbas, y al acabar se daba la vuelta a contemplar el paisaje hasta que oscurecía: la casa, el valle, las flores, los árboles, las montañas, el sol ocultándose. Y así era feliz.

El árbol de la colina fue creciendo,

aumentó de tamaño, sus ramas se alargaron y se cubrió de hojas. Cada tarde, como siempre, el amante de la naturaleza lo cuidaba, lo regaba, le quitaba las malas hierbas y las hojas secas. Pero esa tarde al verlo tan esbelto y al tocar ese tronco tan ancho y robusto, el amante de la naturaleza sintió la necesidad de abrazar a su árbol, y sin pen-

sárselo dos veces, dejándose arrastrar por sus emociones, lo abrazó. Reposó su cuerpo sobre el tronco y con cariño extendió los brazos hasta que lo abarcó por completo.

Luego, como siempre, se volvió a disfrutar del paisaje: la casa, el valle, las montañas, el sol ocultándose.

A partir de ese día el amante de la naturaleza, cada tarde, después de cuidar de su árbol lo abrazaba un momento. Luego contemplaba su paisaje hasta que oscurecía.

El árbol de la colina creció y creció hasta convertirse en un árbol majestuoso, con una copa frondosa y verde, y un tronco inabarcable.

Una tarde de tantas, el amante de la naturaleza lo notó, notó que ya sus brazos no abarcaban el tronco de aquel árbol gigante; notó que la corteza se resquebrajaba y que abrazar a su árbol empezaba a ser molesto, porque se arañaba con las grietas del tronco. Aun así siguió abrazándolo mucho tiempo. Y como todas las tardes volvía a su casa después de contemplar su paisaje al oscurecer.

Hasta que una tarde cualquiera, una tarde de tantas, el amante de la naturaleza salió de su casa, respiró profundamente y subió a la colina. Se acercó a su



MERCÉ LÓPEZ



MERCÈ LÓPEZ.

árbol, lo regó, le arrancó las malas hierbas y las hojas secas, pero no lo abrazó. Terminó su tarea, se volvió para contemplar el paisaje pero no abrazó al árbol como de costumbre.

El árbol vio cómo el amante de la naturaleza le daba la espalda y se quedaba embelesado frente al paisaje. Y sin pensárselo dos veces, dejándose arrastrar por sus emociones, el árbol agitó sus ramas y su tronco, se estremeció de tal forma que consiguió desenterrar las raíces, y manteniéndose de pie, lenta-

mente se echó a andar hacia el hombre que disfrutaba del paisaje.

El árbol encorvó su tronco, extendió con cariño sus ramas hacia el hombre y con una voz entrecortada suplicó: «¡Abrazame...!».

El amante de la naturaleza se volvió asustado y al verse frente al árbol que agitaba sus ramas, comenzó a correr despavorido mientras gritaba: «¡Un monstruo! ¡Un monstruo!».

El árbol observó cómo el amante de la naturaleza huía aterrorizado y sin

comprender muy bien lo que pasaba exclamó: «¡Con el esfuerzo que me ha costado echarme a andar!».

El hombre desapareció entre las montañas. El árbol volvió a enterrar sus raíces y se quedó inmóvil, con el tronco ligeramente encorvado y las ramas extendidas, como quienes han aprendido a abrazar.

Y aunque siguen sintiendo, ése fue el día en que los árboles decidieron que nunca más iban a hablar o a caminar, porque si no el hombre siempre los trataría como a monstruos.